

Desde el Duero al Adour hay poco trecho

José Miguel LAMALFA DÍAZ

Universidad de Oviedo

Permítaseme, a modo de introducción, mi condición de filólogo me avala, que antes de entrar de lleno en el tema, como vulgarmente se dice, sugiera en no mucho más de tres líneas tan solo, lo que las palabras *Duero*, *Adour* y *trecho* del título insinuaron a mi primigenia consideración.

Los radicales *dour/duer* que conforman las palabras Adour y Duero como referentes de dos ríos, el primero incluido en la geografía física francesa y el segundo en la española, podrían efectivamente estar en relación ambos con la raíz celta *dur* que encuentra su manifestación más plausible en el vocablo bretón *dour* significando agua, dándose a un tiempo la peculiaridad de que el Duero a su paso por Portugal, antes de desembocar en el Atlántico, transforma su nombre en Douro, hecho que permite así especular con radical *dour* para estas dos realidades hidrográficas.

Por su parte el vocablo *trecho*, cuyo radical latino podría encontrar autoridad, a título de ejemplo, por qué no, ilustración poética a un tiempo, en un *eodem tractu* de Virgilio, y que entre otras, admite vinculación en origen con palabras como *trago* (pensemos en su acepción “adversidad, infortunio” con perfecta vigencia para la ocasión), como *tracto* (en su acepción referida quizá a versículo y canto al tratarse aquí de poesía), o como *Treto* (sirva la adscripción del término a la toponimia cántabra como figura en este caso), que nos trasladaría, licencia poética admitida claro está, a Cantabria, la patria chica de Gerardo Diego Cendoya, personaje que ofrece como pocos la oportunidad de una aproximación comparativa de rico y amplio espectro, entre lo hispánico y lo francófono, de dimensión ignota cuyos límites se pueden ir perfilando con nitidez meridiana.

No es ni mucho menos casual, entrando ya en materia, ni está exento de interés el hecho de haber decidido como título de este trabajo la cita completa del primer verso del soneto que Gerardo Diego elaborara en honor de Bernabé Herrero, composición que el propio Diego incluyó en su libro *Soria Sucedida*, en el apartado *Velad* junto a otros poemas suyos fechados entre 1969 y 1974 y que adquiere espléndida dimensión en la referencia a Cecilia y Pepe a quienes va el poema dedicado. No podía ser de otro modo, siendo Cecilia Herrero hermana de Bernabé, y Pepe, José Tudela, esposo de ésta, cuñado por tanto de Bernabé, como muy bien subraya de pasada Gerardo en su artículo *Promesa cumplida*¹, artículo en el que también de pasada habla de “su muy amigo” Bernabé, refiriendo la eficaz ayuda prestada por éste al poeta, al acercar su *Versos humanos* a la imprenta para su edición, precisión sutil que pone de manifiesto la fluidez de su relación personal.

Parece evidente que la palabra Duero del verso, con referencia al río que nacido en la sierra de Urbión, y que tras acariciar Soria, abraza definitivamente la mar atlántica, asume y resume toda la vivencia en la amistad de Gerardo y de Bernabé, desde la llegada de Diego a la capital Soriana en 1920, tras haber obtenido la cátedra de Lengua

¹ *Gerardo Diego. Obras completas*. Prosa. Tomo IV. Memoria de un poeta (Volumen 1), Edición e introducción de Francisco Javier Díez Revenga, edición del Centenario, Alfaguara, Madrid, 1997, p. 407.

y Literatura castellanas, ante tribunal presidido casualmente por una mujer, Emilia Pardo Bazán. En Soria desarrollará Gerardo Diego una actividad novicia pero intensa y entusiasta durante dos cursos, 1920-1921 y 1921-1922 (se incorporará al Real Instituto Jovellanos de Gijón en septiembre de este último año), fraguándose allí, en la entraña del invierno soriano, y en las liberales tertulias del Casino Numancia, esa amistad para siempre, de vivencias que dejaron honda huella en el poeta y de la que Gerardo se hace amplio eco en su obra. En efecto, entre los miembros de la tertulia se hizo notar ya desde un principio “el siempre fabuloso benjamín” entonces de la misma, como dirá Diego en sus *Retratos y Tertulia*², “joven poeta [que] vino por entonces a [la] peña, [y] que por aquellos años iba a convertirse en cuñado de Tudela”³, como deja recogido así mismo el propio Diego en su artículo *Ángel del Río en Soria*, publicado en la *Revista Hispánica Moderna*, enero-octubre de 1965.

La palabra Adour, por su parte, referencia al río que nace en el macizo del Pic du Midi, no lejos del legendario Tourmalet del Tour de Francia, con su recorrido por departamentos como el de Hautes-Pyrénées, regando la llanura de Tarbes, ciudad que vio nacer a Théophile Gautier, como el de Gers o el de Landes, y por fin el de Pyrénées Atlantiques en el que a su paso por Bayonne, el río Adour confluye y se une al Nive también venido de las montañas pirenaicas tras su paso por Saint-Jean-Pied-de-Port, vertiendo sus aguas al atlántico océano, lo mismo en esto que el Duero, encierra en su apariencia poética, a mi entender, el secreto de una revelación. En la palabra Duero está Soria, en la palabra Adour está Dax. Este río en efecto reconoce en Dax, a lo largo de la historia, la ciudad-puente, la ciudad-puerto, la ciudad-mercado, la ciudad episcopal, a cuya Escuela Normal llega un día Bernabé Herrero como profesor, ya casado, haciendo de Dax, ciudad de exilio, hasta el fin de sus días, el 13 de junio de 1957. Asume pues Adour la realidad del otro lado de los Pirineos, escenario en exilio de Bernabé desde 1937, después de que su cuñado José Tudela le consiguiera en Madrid un visado para poder salir de España, enredada en los confusos acontecimientos de la dolorosa, triste e irracional contienda civil. Conviene recordar en este punto que el primer refugio de Bernabé en Francia fue la casa de la madre de Germaine, mujer de Diego, en Toulouse, en la que por aquel entonces vivía éste con su familia. En este hogar es recibido Herrero en un primer momento, pasando al poco tiempo a casa de la hermana de Germaine, Louise, y de su esposo Albert Regagnon, compartiendo la vida cotidiana, y haciéndose, no transcurrido mucho tiempo, con un puesto de lector en Aurillac, donde conocerá a la que será su esposa, Marie Louise, de la que tendrá dos hijas.

Resulta de este modo fácil entender que del Duero al Adour no hay mucho trecho, más bien, corto e inexorable trayecto.

En esta especie de miscelánea que propongo, más en el sentido que encierra el término *miscellanées* en francés, relacionado con lo científico o lo literario, que en el valor menos conciso recogido por el vocablo español, paso a referir en mi exposición las observaciones que me merece la que considero coyuntura de gestación de esta simbiosis de lo español-francés, francés-español, que permite la figura de Gerardo Diego en un análisis como el que aquí nos proponemos.

No imaginó el niño Diego entonces, ocurre así en casi todos los casos, la importancia que en el devenir de su existencia más íntima, tendrían los estudios que éste

² Gerardo Diego. *Obras completas*. Prosa. Tomo V. Memoria de un poeta (Volumen 2), p. 309.

³ José Tudela, al que Diego hace referencia a veces con el nombre más familiar de Pepe, casó por entonces con Cecilia Herrero, hermana de Bernabé, a la que Tudela cortejaba, hecho éste que será también recordado en sus escritos por Gerardo, dando pie a comentarios de jocosa familiaridad.

inició en 1906, tras haber aprobado el examen de ingreso en el Instituto General y Técnico de Santander, hecho recogido en acta firmada en septiembre de ese año, por Santiago Palacio, Víctor Vignoble y Amado García. Vivía el país el tercer período de la Restauración, tras la jura de Alfonso XIII, el 17 de mayo de 1902. El 6 de septiembre de 1903 aparecerá definitivamente legislado el Plan de Estudios que regirá el Bachillerato de varias generaciones, entre ellas la de Gerardo Diego, con seis cursos sólidamente programados y que él cursará progresivamente:

1906-1907: Primero: Lengua castellana; Geografía General y de Europa; Nociones y ejercicios de Aritmética y Geometría; Religión; Caligrafía.

1907-1908: Segundo: Lengua latina (1er curso); Geografía especial de España; Aritmética; Religión; Gimnasia.

1908-1909: Tercero: Lengua latina (2º curso); **Lengua francesa** (primero); Historia de España; Geometría; Religión; Gimnasia.

1909-1910: Cuarto: Preceptiva literaria y composición; **Lengua francesa** (segundo); Historia Universal; Álgebra y Trigonometría; Dibujo.

1910-1911: Quinto: Psicología y Lógica; Elementos de Historia general de la Literatura; Fisiología e Higiene; Dibujo.

1911-1912: Sexto: Ética y rudimentos del Derecho; Historia Natural; Agricultura; Química general.

Estos cursos daban paso al examen de reconocimiento del Grado de Bachiller, como confirma para el caso de Gerardo Diego la calificación de Sobresaliente, en acta de 19 de junio de 1912, reconocida por el Distrito-Universitario de Valladolid, Sección Letras, firmada por Gabriel Llabrés como Presidente, Víctor Vignoble como Vocal, Narciso Alonso como Secretario y por el propio Gerardo Diego.

De los estudios realizados por el joven Diego en este período merecen especial mención por su interés, los dos cursos de Latín en segundo y tercero de Bachillerato, como origen y fundamento que será de su preparación filológica, el curso de Preceptiva literaria y composición de cuarto, y el curso de Elementos de Historia General de la Literatura de quinto, guías y fundamento, a mi juicio de su orientación profesional, y en especial, los dos cursos de Lengua francesa de tercero y cuarto de Bachiller, claves en el proceso de desarrollo y de realización de su vida personal.

Su paso por la Universidad cuyos estudios de Filosofía y Letras inicia Diego como becario durante el curso 1912-1913 en el entonces denominado Colegio de Estudios Superiores de Deusto regentado por los jesuitas, –centro de enseñanza superior de carácter libre en el que se cursaban las carreras de Derecho, Letras y en el que se preparaba para la Escuela de Arquitectos e Ingenieros civiles, pero que no tenía potestad para conferir títulos académicos–, nos encontramos con algunos datos que invitan a la reflexión, como la obtención de una matrícula de honor en Griego, concedida por Miguel de Unamuno, en los exámenes realizados en la Universidad de Salamanca, o el reconocimiento del grado de Licenciado en Filosofía y Letras, tras el Sobresaliente concedido por el tribunal formado por Ramón Menéndez Pidal, Manuel Gómez Moreno y Américo Castro, en Madrid. Pero de la experiencia vivida en la Universidad de Deusto sin embargo, el hecho de mayor relevancia, quizá, es la amistad que se establece, y esto desde el comienzo de sus estudios universitarios, entre Gerardo Diego y Juan Larrea, a la que no serán ajenas las funciones teatrales compartidas en “Los Luises”. Las relaciones Diego-Larrea, Larrea-Diego, precisan, no es momento éste, ni los límites de espacio lo permiten, de un estudio puntual de más amplios vuelos, sobre aspectos varios del máximo interés. Pero no podemos dejar de apuntar al menos (recordemos que el

grado de conocimiento del francés del que hizo gala Juan Larrea, en cuyo idioma escribió parte importante de su obra, fue profundo), que Gerardo Diego hubo de zambullirse de lleno en lo hispano-francés/franco-español, al verse inmerso en algunas versiones al español de escritos de su amigo.

Y dando en este punto un cierto aire cronológico al trabajo en esta búsqueda comparativa complementaria conscientemente dispersa en la biografía del poeta, detenemos el paso dejando que la atención se fije en un nombre de lugar, Sentaraille, “mi aldea ‘conyugal’”, lo llama Diego⁴, “en el Ariège francés, cerca de la patria de Germaine de Foix”, que nos obliga a actualizar vivencias, contracifra imprescindible en nuestra aproximación.

En 1934 Gerardo Diego contrae matrimonio, casándose por lo civil en Toulouse y por lo religioso en Sentaraille, a los efectos, el pueblo de su mujer Germaine Marin, en el que a partir de entonces organizarán estancias habituales en familia, y donde permanecerán un tiempo reclusos, el verano del 36 y el resto del tiempo en la casa de la madre de Germaine en Toulouse, tras la rebelión militar en España, hasta septiembre de 1937, fecha de su reintegro en la cátedra en Santander.

En entrevista concedida a la Televisión Francesa el 3 de junio de 1972, al ser preguntado por Jean José Marchand su entrevistador: “Vous épousez en 1934 une jeune Française, Germaine Marin. Le mariage et la paternité ont-ils eu une influence sur votre comportement ?”, Diego responde con esta afirmación contundente y definitiva: “Oui, mon mariage a été l’expression la plus heureuse de ma phrancophilie.[...] Depuis 1934, année de notre mariage, je passe en France à Sentaraille, Ariège, presque tous les étés et j’y vais à d’autres moments de l’année⁵”.

De las tres referencias hogareñas de alto valor afectivo en la vida de Gerardo Diego, la casa de Santander en la calle Atarazanas que le vio nacer y donde transcurrieron su infancia y su primera juventud, el piso de familia en Madrid, y la casa de Sentaraille, la única a la que podemos acudir en la actualidad en busca de testimonios personales, es ésta última, en la que se mantiene la llama de innumerables recuerdos, alimentada por el calor de la presencia intermitente de la familia, su hija Elena y el esposo de ésta, Saulo, en especial. La casa de Santander anexa a la tienda del negocio familiar, desapareció tras el pavoroso incendio de febrero de 1941, y el piso de la calle Covarrubias en Madrid, que era de alquiler, fue desalojado a la muerte de la mujer de Gerardo Diego en 1997, pasando algunos muebles a la casa de Sentaraille.

Un placentero recorrido por las dependencias de la mansión francesa, acompañados por la suave, amena e íntima conversación de Elena Diego Marín, despliega en abanico, ante nosotros, un sinfín de valiosas sugerencias. La primera, el paso por la casa de seis generaciones, entre abuelos y padres de Germaine, y el de Diego y Germaine, con hijos, nietos y biznietos de ambos. Es aquí donde transcurrirán posiblemente los momentos más sustanciales en la vida de aquel Gerardo tímido en lo más profundo, y en lo familiar, tribal y cariñoso⁶, y de aquella Germaine “inteligente, culta, sensible, elegante, guapísima, que sabía estar en su sitio”, de la que su hija Elena

⁴ En “Santiagos de Santiago”, *Arriba*, 26-7-1965

⁵ Extractos de la transcripción de la entrevista en la Televisión francesa a Gerardo Diego, “Les archives de la parole”, ORTF, 3 de junio de 1972.

⁶ “Après Madrid et Santander c’est à Sentaraille que j’ai passé plus de temps. J’y écris plus de poésie qu’en Espagne, je peux y mener une vie plus familiale et plus calme. C’est la campagne.[...] Comme l’Ariège est le pays de ma femme et de Gabriel Fauré, elle est comme ma seconde patrie. Son paysage m’a profondément influencé aussi que ma poésie”, *Archives de la parole*, ORTF, 1972.

habla con orgullo, y que refiriéndose entrañablemente a su esposo en expresión tan de casa y tan de hogar dejaba, caricia al aire, preciosa definición de Diego, en una especie de sentencia íntima en “le chat qui s’en va tout seul”. Los hijos, fueron seis. Se dirigían a Gerardo en español y en francés a su madre Germaine. El trueque de galicismos al español y de hispanismos al francés se convertía en almoneda corriente, crisol lingüístico, laboratorio experimental de excepción. El matrimonio –Germaine era licenciada en Español por la Universidad de Toulouse– entablaba a veces discusiones semánticas, como la de la utilización del término *culín* que Diego, de su paso por Asturias, había fijado en reiterada expresión al pedir un *culín de vino*, lo que encendía el ánimo de su mujer, reclamándose la mediación de la hija mayor, Elena, a la que se pedía opinión, dando ésta la razón al padre y recibiendo al mismo tiempo queja de la madre, de alianza paterno-filial, en contra de la madre-esposa⁷.

La casa, por lo demás, de planta baja y piso, luce contraventanas al exterior, que cierran hacia el interior. Una vez dentro, en la planta baja, la actualidad ya no muestra la cocina antigua y original con chimenea y hogar en el que se cocinaba, ni la despensa trasera para las vituallas de consumo cotidiano. Un salón, que puede al mismo tiempo servir de sala de estar y de recepción, acoge, sencillo, pero solemne, las primeras conversaciones. De él retendremos en la retina un cuadro de mediana dimensión que atrae la atención en uno de los rincones. El lienzo, en su parte izquierda, representa un señor, bigote y perilla blancos, sentado en un sillón simple al cobijo de un árbol, vestido de chaqueta y corbata y con el codo de su brazo izquierdo sobre una mesa-cenador, el dedo índice de la mano apoyado confiadamente en la sien y con los dedos corazón, anular e índice recogidos, hundidos ligeramente en la mejilla, dirigiendo la mirada al espectador en actitud dulce y pensativa; a su derecha, tras la mesa que luce mantel de cuadros en azul y amarillo suaves, una dama ligera y graciosamente inclinada de hombros, sirve reverente, una taza de café. Son Albert y Louise Regagnon, tía ésta de la mujer de Gerardo Diego, cuya relación frecuentaron y que, como veíamos en la alusión a la acogida de Bernabé Herrero⁸, muestra hasta qué extremos era profunda. De Albert Regagnon “abuelo *amoris causa*” de sus hijos, deja Diego referencias de alabanza al hablar de “su vigorosa sanidad física y espiritual”, saliendo todos los días a pintar al valle de Sentaraille, “descubriendo cada día un inédito *joli-coin*”⁹, como apunta en detalle de comparación perspicaz entre Agustín Riancho, Albert Regagnon y Nicanor Piñole, estilo al que Diego nos tiene tan acostumbrados, en la semblanza que de este último nos ha dejado el poeta. Será sin embargo su artículo “Riancho y Regagnon” en el diario *Arriba*, del 26 del 3 de 1973, biografía y panegírico a un tiempo, podríamos decir, el que desvele una parte del secreto de los pequeños y grandes momentos que les acompañaron. La pérdida del único hijo de Albert, de pequeñito, hace decir a Diego: “Por eso quería tanto a los míos” [...]. Y continúa: “Convivía todos los veranos y,

⁷ Otros aspectos de la vida de su padre pueden ojearse en la obra *Gerardo Diego para niños*, Elena Diego, Editorial la Torre, Madrid, 1985

⁸ No puedo menos de citar estas líneas de “Crónica Francesa” en *La Nación*, 9-11-1941: “Volvemos de la ciudad a nuestro rincón aldeano. En este pueblecito del Ariège sigue la vida apacible y normal [...] el aspecto de los campos, casi sin automóviles [...] ofrece matices nuevos a nuestra observación contemplativa. A veces se encuentra con agradables sorpresas: poder oír, en una casita de campo un concierto íntimo [...] de un gran virtuoso ruso a quien el oleaje de la guerra ha arrojado ocasionalmente a las playas hospitalarias”. La frase en cursiva –es mi aportación– justifica a todas luces la cita.

⁹ *Gerardo Diego. Obras completas*. Prosa. Tomo V. Memoria de un poeta (Volumen 2), p. 62. El texto es recogido por Francisco Javier Díez Revenga, y fechado en 1971. La selección aparece justificada en la Introducción del autor al Volumen 1, pp. 60-76.

alguna que otra temporada, en otra época de vacaciones, en Sentaraille o en su casa con jardín de Toulouse”.[...] “Enamorado de las cumbres nevadas. Poseía en una colina – estribo para los más grandes Pirineos– una finca, una *métrairie*, en la que gustaba invitarnos a pasar temporadas de descanso. En el hueco de un roble, el lechero y el carnicero dejaban diariamente su recado alimentario, que íbamos a buscar, seguros de que nadie se lo había llevado. Luego él se iba por aquellos vericuetos a pintar montes, valles, corrales, vacas. Y yo me quedaba –(qué bien encaja aquí aquel “chat tout seul” de Germaine, el paréntesis es naturalmente mío)–, a la sombra de otro roble, ya en el interior de la finca, a soñar o a emborronar versos”. El hecho banal de ir a buscar juntos aquel “recado alimentario”, deja, cual callado imperdible literario, prendida en las cuidadas líneas del artículo, la huella de una intimidad de relación definida entre el poeta y el pintor. Y Regagnon lo era. Diego asegurará más tarde no ser técnico ni especialista, sino simple observador en el arte de la pintura, si bien es cierto que sorprenderá con ensayos dedicados a la misma, así como a pintores, en no pocos casos, de reconocido prestigio. El ambiente familiar aquí descrito nos permite pensar que la aguda observación del poeta santanderino, conviene al respecto recordar las amistosas discusiones con artistas plásticos en París, sobre todo con Juan Gris y Jacques Lipchitz, los amigos más íntimos de Huidobro, nutriría pausada, asidua e imperceptiblemente su espíritu, de vivido saber pictórico.

Y siguiendo, hilo conductor, el recorrido por el piso alto de la casa en Sentaraille, sorprende por su recogimiento el rincón de trabajo de Gerardo, en el que un mueble librería conserva en orden, clasificados indolentemente, libros, quizá no lleguen a quinientos, que lo acompañaron en sus lecturas y en su pensamiento. Sobre una mesa rectangular de un solo cajón a lo ancho, más bien pequeña y sencilla, pero cuyo diseño la hace gratamente cálida y agradable al ser invadida por el día, espléndido de luz o gris de intimidad, dependiendo del tiempo que trasluce el ventanal, una máquina de escribir de las de entonces, reposa, guardando en su silencio los recuerdos. Junto a la mesa, una silla, cuyo respaldo, sabiamente curvado desvía levemente sus guías en su parte superior para que la espalda encuentre acomodo con facilidad, y cuyas patas sextuplican su resistencia con refuerzos transversales en trasera y apoyos laterales. Y coronando una cómoda de madera con juego de cajones en los que destacan por tamaño y forma los tiradores de metal, a la espera, siempre atenta, una radio que no puede negar tampoco que es de época. Libros, máquina de escribir y aparato de radio.

Éste último, testimonio fiel de un medio privilegiado, vía de conexión con el sorprendente mundo de la información. En momentos críticos, claro está, la proveniente de la España en contienda fratricida. Pero también, por qué no, el *sport* todo lo invade, la relacionada con el deporte. Díez de Revenga al querer dejar constancia del interés del artículo “La Vuelta a Francia¹⁰”, escrito por Gerardo Diego en 1950, dos meses después de haber éste presenciado en Sentaraille el paso de la vuelta a Francia de aquel año, aventura: “Desde luego su presencia en espectáculos deportivos se limitaba a este presenciar el Tour, porque otros comentarios suyos nos revelan que era la radio el camino por el que sabía algo de algunos deportes¹¹...”. Sin embargo el interés de este artículo de Diego para nuestro trabajo se centra más bien en dos observaciones aparentemente prosaicas. La primera, la referencia del autor a la comodidad que le

¹⁰ *El Alcázar*, 10-9-50

¹¹ *Gerardo Diego. Obras completas*. Prosa. Tomo IV. Memoria de un poeta (Volumen 1), Introducción, p.47. Los comentarios de Gerardo Diego abarcan no solo descripción de aspectos externos sino reflexiones sobre el deporte, los nacionalismos o la violencia inherente a las competiciones.

supone el vivir el Tour “a pocos metros de [su] rústico rincón veraniego”, mentando, delicada obstinación fruto de un tierno reconocimiento, una vez más, el lugar de su regalo. Y la segunda, casi tímida confesión del placer intelectual que produce el seguimiento de un espectáculo en su grado máximo de esplendor, la prudente insinuación del seguimiento de ciertas etapas de la vuelta, que nos colocan de nuevo ante situaciones de la vida de Gerardo Diego, cuya experiencia destila perspectivas de ambivalencia: “Algún año pude presenciar el paso de los corredores por un puerto pirenaico. Era cuando el equipo español, singularmente potente en la escalada de las cumbres, presentaba batalla y solía vencer heroicamente entre nieblas o nieves”. Nos viene instintivamente a renglón, el nombre de Vicente Trueba, cuya evocación hizo, a lo largo de la conversación, recordar a Elena, la admiración que su padre sentía por él. Nacido en Sierrapando (Cantabria), primer rey de la montaña en el Tour en 1933, con el Tourmalet, el Aubisque y el Galibier en su haber de escalador, y su apodo de “la pulga de Torrelavega”, bien aireado por el entonces director de *l'Auto*, Henri Desgrange, quien haría famoso el sobrenombre. En su honor, recuerdo de los cien años de su nacimiento, 1905, recibiría su viuda la medalla del Tour, en el palacio de Beaumont de la localidad de Pau, en la 92 edición de la prestigiosa vuelta ciclista.

Los libros, alineados de canto unos, apilados los menos y recostados unos en otros en recogida y homogénea inclinación la mayor parte, evocan sin querer la *Literatura Francesa*, capítulo de encargo para la *Historia de la Literatura Universal* que editara Atlas en 1946, páginas que “evidencian el conocimiento fundado que de la literatura vecina tenía Diego”, y obra en la que, como certeramente refleja José Luis Bernal, “Especial atención merecen sus páginas, escasas pero succulentas dentro del carácter panorámico y divulgador que tienen, dedicadas a la literatura francesa contemporánea¹²”. En este sentido acreditar la justicia y justeza de estas apreciaciones en la cita mínima pero vigorosa que Diego hace de un autor no muy pródigo en las historias de la literatura en general, pero a cuya obra *À rebours* parece, se hace necesario acudir, para entender ciertos momentos en la evolución de la literatura en el siglo XX, me refiero a Joris-Karl, o más bien a Georges Charles Huysmans, del que el poeta deja trazos precisos en una sola pincelada: “Huysmans, que empezó naturalista hasta lo escatológico y se convirtió luego al catolicismo, escribiendo obras tan bellas como *La catedral*¹³”. O el apunte consciente en la ficha dedicada a José María de Hérédia, del que elogia las perspectivas ilimitadas que propician sus alejandrinos, en el que hace constar que “Él abre la serie de poetas de origen hispanoamericano –Laforgue, Lautréamont, Supervielle–, uno de los pulmones renovadores del centralismo de la metrópoli¹⁴”, con Chénier, Moréas y la condesa de Noailles representando el que tiene su origen en el Próximo Oriente. La cita tiene importancia por la presencia en ella de Supervielle, poeta efectivamente con dos nacionalidades en su vida, la uruguaya y la francesa, e influencia en su obra de románticos y parnasianos, y con mezcla en su arte cósmico de surrealismo y de juego divertido de dadaístas. Diego deja reconocido el encanto del poeta y proclamada su mayor proximidad a los principios poéticos de éste de entre los nuevos escritores del momento. Incluso manifiesta abiertamente en la entrevista a la Radio Televisión Francesa, hablando de este joven escritor, al que había

¹² Gerardo Diego. *Obras completas*. Tomo VI. Prosa Literaria (Volumen 1), Edición e introducción de José Luis Bernal, Alfaguara, Madrid, 2000. Introducción, p. 131.

¹³ Gerardo Diego. *Obras completas*. Nota 12. Tomo VIII. Prosa Literaria (Volumen 3), p. 1048.

¹⁴ Gerardo Diego. *Obras completas*. Tomo VIII. Prosa Literaria (Volumen 3), p. 1042.

conocido en uno de sus viajes a París: “Moi j’ai des poèmes traduits de Supervielle...”, confesión que confirma el grado de relación que les unía.

Hubiera del mismo modo aparecido sin duda también el nombre de Edmond Vandercammen, no se le encargó tan siquiera una simple *brochure* de literatura belga, a la que hubiera posiblemente respondido con la misma dignidad, su “admirado amigo” del que dijo Diego que “tradujo el poema delicadamente, y su versión figura a continuación del libro”, refiriéndose el poeta a su *Preludio, aria y coda a Gabriel Fauré* (1941), poema “largos años proyectado y acariciado” y cuya “primorosa edición de bibliófilo” terminó por conseguir, “al precio de infinitas y desesperantes dilaciones, proyectos y fracasos con editores, imprentas, artistas, colaboradores y hasta enemigos ocultos e inidentificables”, en “tirada limitada a 160 ejemplares para suscriptores¹⁵”, y en el que contó con la inestimable colaboración de Edmond. Sería en la Biennale Internationale de Poésie de Knokke-le-Zout (Bélgica), establecida a partir de 1952 tras el éxito obtenido en 1951 con el Encuentro Europeo de Poesía organizado por Arthur Haulot y sus colegas del Comité de Redacción del Journal des Poètes, donde Gerardo Diego conocería al escritor belga al que considerará su mejor amigo entre los poetas allí frecuentados. De la elección de Diego para el homenaje reservado a un poeta extranjero, en una de las ocasiones, así como de las vicisitudes de los textos presentados, otras líneas de investigación darán posiblemente cumplida cuenta, no estos breves apuntes de aproximación, que van dejando en su obligada constricción, innumerable materia en el tintero.

En cuanto a la máquina de escribir, y la impresión de su presencia en el recorrido, nos permite, a través de su huella en el borrador de la carta de contestación a la oferta de concesión a Gerardo Diego del Prix internacional de Poésie de la Société des Poètes Français, en 1974, en el que su amor a Francia y su familia hispanofrancesa quedan acreditados, exponer otra vía de investigación de “uno de los primeros líricos españoles”, como reconocía el ministro Plenipotenciario, Carlos Manzanares, en currículum enviado por éste al Presidente de honor de la Sociedad des Poètes Français, señor Pascal Bonetti, añadiendo la cortesía de considerarlo “el más digno de ese Premio internacional”, al que Diego había dado el hermoso nombre de “Prix des Amitiés Françaises”, y en el que recibiría la gran Medalla de los Poetas Franceses y el Jarrón de la Manufactura nacional de Sèvres, tradicionalmente reservado a este Gran Premio.

Y la visita en el recorrido a la dependencia de más valor afectivo, la habitación dormitorio, en la que un cuadro de Santa Cecilia en posición sedente, de espaldas al espectador, y postura de interpretar algo al órgano, preside dos camas de madera talladas en las que dormía el matrimonio, y cuyo detalle, por sí solo nos llevaría a orientar nuestras pesquisas, siguiendo una nueva estela, la música, y mejor aún sus representantes los músicos, en especial en su espacio artístico francés, con Berlioz, Bizet, Chopin, Debussy, Fauré, Frank, Gounod, Rameau, Ravel, Saint-Saëns, Satie, en incompleta nómina alfabética, entre otros, tan próximos a la sensibilidad artística de Diego, salpicando de bellísimas notas su partitura.

En una esquina yergue su compacta figura un armario también de talla, sobre el que destaca un crucifijo negro con Cristo y leyenda del INRI en blanco.

A un costado austera mesa y silla baja de anea, con fotos de hijos y nietos.

Y en un rincón, a media altura, jarrón con ramo de brezo, último detalle de Germaine en vida.

¹⁵ Gerardo Diego. *Obras completas*. Tomo VI. Prosa literaria (Volumen 1), p. 390.

La habitación se abre al balcón, solana soberana para Diego, que da al jardín, donde un hermoso castaño, guarda en la retina de su sombra y vela en el frescor de su cobijo en verano, la presencia ausente y el recuerdo siempre del poeta que siendo español hizo de Francia su entraña.